

En la matriz barroca en la que se gesta Latinoamérica desde el siglo XVI hasta mediados del siglo XVIII se encuentra en vías de desarrollo un proyecto cultural donde ética y estética se complementan. Aun considerando contradictorios procesos de dominación sin concluir, persisten numerosos y elocuentes testimonios de una interpenetración de elite y multitud. Esto se manifiesta especialmente en torno a la celebración del misterio religioso, donde las expresiones populares son asumidas por la elite. En tiempos de la primera evangelización, el arte anima las verdades de fe por medio de la poesía, música e imagen. Se plasma un arte que siendo verdaderamente arte es también servicio.

El acercamiento de la empresa privada a la propuesta cultural de elite es un aspecto técnico ineludible. Sin embargo, me parece importante fomentar el diálogo elite – multitud dando espacio a propuestas cuyos contenidos signifiquen un mejoramiento de la calidad de lo festivo–ceremonial en la vida de la sociedad latinoamericana. Cuán pobre es hoy, especialmente en el ámbito urbano, lo artístico–valórico en la celebración de nuestros pueblos. Basta contemplar el profundo significado formativo y estético que encierran los romances y décimas que se recitan en la celebración barroca americana para comprender que la fiesta popular constituye, en esa época, la ocasión para divulgar la historia sagrada y profana de un pueblo, la conmemoración de los acontecimientos que constituyen la base moral de nuestra convivencia.

La fiesta debe volver a incorporar armónicamente tanto la propuesta de la multitud como aquella de la elite. La expresión multitudinaria sola, con el apoyo de la empresa, desemboca tarde o temprano en la banalidad y el funcionalismo sin mayor repercusión que el estrecho ámbito que circunscribe la celebración. Necesitamos llevar las legítimas conquistas del arte ilustrado al ámbito de lo festivo ceremonial, donde verdaderamente se expresa el alma latinoamericana.

Rolando Con

El compositor y el neoliberalismo económico

Si enfrentamos al creador musical a la disyuntiva de ser consecuente consigo mismo o transar ante las exigencias del medio, estamos colocándolo ante la elección entre el libre albedrío, propio de un artista, o el sometimiento comercial y mercantil, propio de un ciudadano común de nuestros días.

Si consideramos al creador musical como un artista, mal le podemos exigir que se someta a un sistema que liquida toda posibilidad de desarrollo de su propia función social, el ser artista y proponer nuevas visiones y experiencias al resto de sus contemporáneos.

El neoliberalismo activo en el campo de las artes, transforma las obras en mercancía para someterlas al mercado en iguales condiciones que un bien material de consumo, sea éste suntuario o de primera necesidad. Para efectuar esta operación, la mercancía (en este caso la obra de arte) debe ser demandada por un eventual consumidor. Es más, no basta un consumidor sino miles que requieran y elijan aquella obra de arte.

¿Cómo puede, una obra, lograr tal número de adherentes y consumidores? Hay dos posibilidades básicas:

1. Montar una campaña publicitaria de difusión de aquella obra, de modo tal, que el consumidor reconozca en ella ciertos valores y utilidades para éste.
2. Que la obra no corresponda al artista, sino a la masa consumidora misma, ingresando a formar parte del continuo amorfo e indiferenciado que la rodea (música comercial propiamente tal).

Ante lo expuesto, es un error considerar a la música, en cuanto arte, como un negocio. El mercado no es capaz de regular la vida artística de un país. La prueba está en que en aquellos países donde el neoliberalismo y el libre mercado operan hace ya varios años, el estado regula y compensa sus falencias naturales, estableciendo espacios aptos para el desarrollo de las artes y distanciándose justamente de las limitaciones y exigencias del mercado. En otros casos, no es el estado quien asume esta tarea, sino fundaciones privadas que, a la manera de los antiguos mecenazgos, estimulan y promueven el libre ejercicio de la creatividad del artista.

En Chile, un país novato en el ejercicio del libre mercado y fácil presa de los vicios del

neoliberalismo, la situación del compositor no puede ser más deprimente. Los espacios de difusión o laborales a los que tiene acceso un compositor actual son mínimos y en algunos casos inexistentes.

El estado, aduciendo otras prioridades de tipo social, ha descuidado absolutamente el desarrollo de la cultura nacional cometiendo dos errores básicos:

1. Creer que el mercado debe regular toda actividad, sea comercial, educacional o cultural.
2. Creer que el arte y la música, en especial, es y sólo es aquella que la masa consumidora busca y acepta sin cuestionamientos, sin saber siquiera por qué.

La existencia de pequeños fondos concursables estatales y a veces privados no logra establecer una posibilidad de equilibrio para el normal desarrollo de la composición musical. Es más, en el caso del FONDART del Ministerio de Educación³, los fondos destinados a proyectos de creación propiamente tal no alcanzan al 10%, destinándose el resto a proyectos educacionales, de infraestructura y de difusión (preferentemente tradicional). En este caso se ha llegado a confundir la música clásica tradicional con la cultura musical de nuestro país.

La verdadera cultura es el hacer, el conocer, el investigar, el criticar, el cuestionar, etc. Consumir pasivamente, contentarse con los *statu quo*, dejar que otros actúen y decidan por nosotros, no hace más que aniquilar la identidad y la cultura de un país.

En cuanto a la música sometida a los criterios del libre mercado, en los últimos años he podido constatar que para la sociedad chilena la música –en cuanto arte– no existe como tal. Es tal la continuidad de la presencia sonora en el espacio ciudadano, que el individuo rodeado y sometido a este hábitat acústico no reconoce ni diferencia una música de otra, no requiere siquiera elegir u optar, no necesita buscar una u otra música y, lo que es más grave, ya no acepta la presencia del silencio –condición *sine qua non* para la manifestación de una obra de arte sonora.

Considerando lo expuesto, no podemos seguir engañándonos y aceptando el actual estado de las cosas. Se hace absolutamente necesario actuar y poner en discusión este problema. No podemos pretender tampoco que sea la propia comunidad la que encuentre soluciones al respecto, ya que ésta se encuentra sometida a un sistema que no permite siquiera la independencia de los grupos sociales.

La falacia y la ironía insertas en el manoseado término de “aldea global” son reflejo de una manipulación ideológica que pretende usar a la masa como consumidor y al individuo como elector, el cual, ante el descomunal cúmulo de información cruzada, termina anulado y absorbido por las decisiones macro que se toman, por no se sabe quién, en nombre de la comunidad.

El arte es un acto individual, es la expresión única y por ende novedosa de un individuo y que, una vez concretada en una obra, queda a disposición de sus semejantes. Este hecho simple y natural es el que está en peligro de desaparecer de la conducta social por efecto de una desconsiderada y brutal acción, producto de los criterios del neoliberalismo y su economía de libre mercado.

Alejandro Guarello

³Fondo para el Arte y la Cultura del Ministerio de Educación.